"Y es necesario confesar que desde el momento en que Mr. de Mora salió de Bayona, Mr. Lorry no ha mudado su opinión de que le era necesario volver á respirar el aire de París. Ha escrito cinco ó seis veces á Mr. de Mora, y es inconcebible que no le haya hecho hasta ahora más impresión. Pero sobre lo que Mr. Lorry no insiste todo lo bastante por modestia y desconfianza de sí mismo, es sobre la importancia de su asistencia á Mr. de Mora, porque aun suponiendo que haya algún clima ó aire que sea igualmente bueno al de París, lo cual no cree monsieur Lorry, es necesario contar con cosa tan importante como tener á un hombre tan ilustrado y amigo por médico. Esto es sin duda lo que el señor marqués de Mora no encontrará sino en París. No os ocultáré, señor Duque, que Mr. Lorry teme verdaderamente por el pecho de Mr. de Mora, si no se decide á huir pronto de ese aire pernicioso. Sería, pues, necesario que Mr. de Mora partiese sin perder un momento, á fin de evitar los calores en su viaje. Vos, señor Duque, que tan bien sabéis amar y conocéis todo el valor de vuestro amigo, animadle, y á menos de imposibilidad, haced el sacrificio de acompañarle. Sabréis seguramente que el señor príncipe Pignatelli piensa partir dentro de un mes, lo más tarde, para reunirse con su señor padre, que por consecuencia será cuidado como merece. Mr. de Magallón se ha encargado de una carta que Mr. Lorry os escribe, de una consulta latina para Mr. Pereira y de una hoja volante sobre el clima. Si la cuestión no envolviese interés tan grande como es el de la salud y la vida del señor marqués de Mora, vuestro amigo tendría un millón de perdones que pediros por la extensión, machaconería é importunidad de mis cartas. Recibid, señor Duque, las seguridades, &, &.

"*Postdata*. Permitidme incluya en mi carta la adjunta esquela para Mr. de Mora."

En la siguiente carta aparece ya decidido el viaje de Mora bajo la responsabilidad de Lorry, que segura está el enfermo en disposición de marchar en aquellos momentos.

"*París*, 20 de Marzo de 1774.

"Señor Duque: No tengo expresiones para demostraros mi reconocimiento. Comprendo que debo este exceso de bondad á vuestra amistad por el señor marqués de Mora, y á él le toca, pues, desquitarme con vos. He comunicado á Mr. Lorry las noticias que tenéis la bondad de darme. El exceso de debilidad de Mr. de Mora me inquieta. Sin embargo, lo más terrible que había era el pecho, y me tranquilizáis diciéndome que ya no tose. Mr. Lorry no duda que Mr. de Mora está en disposición de marchar en este momento. Debe haber recibido la respuesta á su consulta y una carta del todo decisiva. Bien quisiera que esta carta no le encontrará en Madrid y le fuese enviada. Hemos sabido con dolor que el señor conde de Fuentes ha estado otra vez enfermo con dos sangrías: en ninguna parte del mundo se sangra tanto como en Madrid. Si el señor marqués de Mora debe partir, obligadle, señor Duque, á no perder un momento, á causa de la estación en primer lugar, y en segundo porque monsieur Lorry desea que esté aquí antes de cumplir los tres meses de su accidente, para hacerle aplicar las sanguijuelas. Por otra parte, debe temer lo que el tiempo traiga consigo, porque hace dos años que está oprimido por toda clase de desgracias. Comprendo, señor Duque, vuestro senti-

miento por la muerte del Infante niño, (1) y tomo en él toda la parte posible. Mlle. de Lespinasse y Mme. Geoffrin quedan muy agradecidas por vuestros recuerdos, y estarían encantadas si pudieran veros por aquí pronto. Recibid, señor Duque, la seguridad del más vivo y respetuoso, etc., etc.

"*Postdata* Nada me decís de la salud de la señora duquesa de Villahermosa, y espero sea esto señal de que es buena, como mucho lo deseo. Si viniera á este país os suplicaría solicitaseis de ella me permitiese ofrecerla mis respetos."

Esta fué la última carta de D'Alembert en aquella funesta y vergonzosa intriga: después de ella ya no se encuentra otro rastro auténtico del desdichado Mora, que la siguiente partida de difunto fechada en Burdeos.

"El 27 de Mayo de 1774 ha muerto en esta parroquia, después de recibir los Sacramentos, el muy alto y poderoso Sr. José de Pignatelli y Gonzaga, marqués de Mora, gentil hombre de Cámara de su Majestad católica, con ejercicio, de edad de unos treinta años, hijo legítimo y primogénito de su excelencia el conde de Fuentes y la señora María Luisa de Gonzaga, viudo de la muy alta y poderosa señora María Ignacia Ortiz Barca de Bolea· y al día siguiente fué enterrado su cuerpo solemnemente en la iglesia, estando presentes los Sres. Ducastaing y Duriala, sacerdotes coadjutores, en fe de lo cual

Balette, vicario de Puy-Paulin,
Sandré, cura de Puy-Paulin,

aprobando las raspaduras y adiciones hechas en dicha partida, hoy 19 de Julio de 1774."

---

[1] El infante Don Carlos, nieto primogénito de Carlos III.

Ninguna noticia, ninguna relación de este funesto viaje en busca de la muerte, ni de su desastroso término, ha quedado por ninguna parte, si se exceptúa este lúgubre documento. La familia de Mora parece guardar un estudiado silencio sobre todo cuanto se refiere al desdichado Marqués, como si temiese que sus ideas revolucionarias, que tan oportunamente ahogó la muerte, trascendiesen fuera de la sepultura. Mlle. de Lespinasse, por su parte, trueca y trastorna los escasos hechos que llegaron á su noticia, ora ocultando, ora inventando, para amoldarlo todo á la especie de reclamo que de la pasión de Mora hizo, á fin de ablandar el corazón, harto duro, del sustituto que, aun antes de morir aquél, ya le había puesto. Sábese, sin embargo, positivamente que Mora salió de Madrid el 3 de Mayo de 1774, acompañado por el médico Navarro y dos criados, que llegó á Burdeos el 23 del mismo mes y murió el 27 de resultas de una es antosa hemorragia que la fatiga del viaje y el criminal engaño de Lorry, D'Alembert y la Lespinasse le produjeron. Sábese también quo en aquel tremendo desamparo de la muerte, que venía á sorprenderle en el mísero cuarto de una posada, el desdichado Mora volvió los ojos á Dios, recibió los auxilios de la Religión y murió en el seno de la Santa Iglesia católica, apostólica, romana, en que había nacido, renegando sin duda de las perversas ideas y los falsos amigos que habían extraviado su alma y precipitado su muerte. Quizá aquel misterioso retiro de Veruela logró mantener viva en el fondo de su alma una centellita de fé, que no consiguieron ahogar ni las cenizas de la impiedad ni el cieno de los vicios; quizá también las oraciones de sus dos santas hermanas María Luisa y María Manuela le alcanzaron en su hora postrera la última y decisiva gracia.

En cuanto á Mlle. Lespinasse, murió dos años después (23 de Mayo de 1776,) víctima del ardor de su temperamento y de la nueva pasión, á veces desdeñada y á veces explotada, que un año antes de morir Mora le había inspirado el Conde de Guibert, uno de los *pequeños grandes hombres* que los entusiasmos libidinosos de las mujeres famosas de aquella época fabricaban á cada paso sobre la petulante presunción de cualquier fatuo buen mozo. Y mientras D'Alembert, instigado por su doblemente falsa amiga, arrancaba con criminal engaño al desdichado Mora de casa de sus padres para llevarle á morir en el rincón de una posada, la sensible filósofa escribía á Guibert esa serie de ponderadas cartas que han resucitado su fama en nuestra época, y en las que todo, hasta el entusiasmo de sus admiradores, resulta postizo.

Mlle. de Lespinasse murió impenitente, rodeada tan sólo de los impíos que habían formado sus delicias, sin Dios, sin fe y sin esperanza. En el momento de expirar, el *pequeño grande hombre* Guibert dijo solemnemente esta blasfema necedad, que desde tres ó cuatro días antes tendría preparada, sin duda: "El Señor ha herido al pastor, y el rebaño se ha desbandado." Aquella misma noche el sensible Guibert se consolaba en el teatro.

En su testamento, hace Mlle. de Lespinasse el extraño encargo de que un cirujano de la Caridad ó de cualquier otro hospital le abra el cráneo seis horas después de muerta; y en una carta dirigida á D'Alembert, como complemento de su testamento, encarga á éste las siguientes disposiciones: "Suplico á Mr. D'Alembert tenga la bondad, en el instante de mi muerte, de buscar en mis bolsillos ó en mis cajones dos retratos del difunto Sr. Marqués de Mora:

me hará quitar una sortija de cabellos que he llevado siempre en el dedo: quitará también de mi reloj dos corazoncitos que penden de la cadena, uno de cabellos y otro de oro: pondrá todo esto en una cajita y lo remitirá á la Sra. Duquesa de Villahermosa, con una carta en que conste que yo soy quien he dispuesto al morir se le remita cuidadosamente esa caja. Convendría encargar del envío al Sr. Conde de Aranda." [1]

En el triste inventario de las alhajas, ropas y efectos de Mlle. de Lespinasse, vendidos en pública subasta después de su muerte, consta esta partida: "Dos retratos del difunto Mr. de Mora, una sortija, dos corazoncitos, de oro uno, apreciado el lote en quince libras."

D'Alembert mismo debió adquirir este lote en la subasta, para cumplir, sin duda, como en efecto hizo, la última voluntad de su amiga, remitiéndolo todo á la Duquesa de Villahermosa. Los retratos y los simbólicos corazones han desaparecido: la sortija encuéntrase al presente sobre nuestra mesa, en compañía de otro anillo dado por la Lespinasse á Mora y arrancado también al cadáver de éste, para la Duquesa de Villahermosa. La primera de estas sortijas consiste en un aro de oro, ceñido por una trenza de pelo rubio obscuro, unida en sus extremos con una chapa de oro, en que se lee: *Memoire de....* Forma la segunda un aro de oro, con un calendario mensual perpetuo esculpido, y una chapa en que hay un lema, en que no puede leerse sin cierto temeroso disgusto, á través de un siglo y sobre el recuerdo de un muerto: *Que tout passe hors l'amour*. Sentencia muy

(1) Era entonces Embajador de París.

propia de Mlle. de Lespinasse, que sustituía en su corazón pasiones á pasiones, y aun las simultaneaba sin escrúpulos, y que proponemos se grabe en el pedestal de la estátua que levantarán al cabo á esta *ideal* heroina del amor los admiradores de las pasiones del siglo XVIII. Por si el caso llega les recomendamos como modelo para la estátua el de aquella gran meretriz de Babilonia, que describe la Escritura, vestida de púrpura, sentada sobre una bestia roja, elevando sobre su cabeza una copa de oro llena de humanas inmundicias. [1]

XVI

La desastrosa muerte del Marqués de Mora y las tristes circunstancias que la rodearon, en que no pudo menos la Duquesa de Villahermosa de considerar hasta cierto punto como cómplice á su propio marido, sumieron á esta señora en una especie de doloroso estupor, interrumpido tan sólo por fuertes ataques nerviosos y lágrimas amarguísimas. El 25 de Junio escribía el Duque de Villahermosa contestando á la carta de pésame de su cuñada la Princesa Pignatelli: "Como podréis suponer, Madame de Villahermosa está extraordinariamente afligida, (2) y ha tenido seis ó siete días de vapores y angustias continuas que no la dejaban sosegar; ha rehusado todo alimento y todo remedio, y sólo con gran trabajo he conseguido hacerla tomar algo. Ahora empieza á volver en sí; mas ha tomado tal aversión á

(1) ...*plenum* ..,*inmunditia fornicationis etus* (Apoc., XVII, 4.)

(2) El original de esta carta está escrito en francés.

las cartas, que no creo quiera leer ni aun la vuestra, y no podrá, por lo tanto, contestarla; por eso os suplico, señora, recibáis las excusas que os presento en su nombre, pues su estado es más digno de compasión que de censura."

Prolongóse por mucho tiempo este estado de Doña María Manuela, y ni la extraña boda del Conde de Fuentes con la Duquasa viuda de Huéscar, celebrada á los seis meses de muerto su hijo, ni la venida de Don Ramón Pignatelli, que atraído por las nuevas políticas y llamado por Villahermosa llegó apresuradamente á la corte, ni los alborotos continuos que estallaban en las calles de Madrid al llegar las noticias de la derrota de Argel, consiguieron sacar á la Duquesa de su postración y retraimiento. Las iras de grandes y pequeños estallaban unánimes ante tamaño desastre contra O'Reilly y Grimaldi, y mientras los más cultos acribillaban con sátiras y libelos al General y al Ministro, la gente baja llevaba su encono contra O'Reilly hasta insultar á su mujer y á su hija al entrar éstas en la iglesia de la Soledad, y pretendía incendiar la casa de Grimaldi, aplicando materias embreadas á los quicios de las puertas. El partido aragonés creyó llegada para él la hora del triunfo, y el Canónigo Pignatelli y Villahermosa, avanzando quizá demasiado, le salieron al encuentro; mas Carlos III mantuvo por entonces á Grimaldi de Ministro de Estado, "contra los tiros,—dice Ferrer del Río,—que más sañudo que nunca le asestaba el partido aragonés, bastante debilitado desde la ausencia del Conde de Aranda, y rehecho ahora á ímpetus de la agitación que agriaba los ánimos y enardecía las voluntades. Su voz llevaba D. Ramón Pignatelli, Canónigo de Zaragoza y hermano del Conde de Fuentes, y merced al gran valimiento de